



Un grupo de desplazados de la tribu Dinka Ngok cruzan el Nilo el pasado mes de febrero huyendo de la represión.

Jim López/ EFE

Masacre y hambre en SUDÁN DEL SUR

Más de tres años de guerra fratricida han sumido al joven país africano en una cruento conflicto que Naciones Unidas ya califica de genocidio



Cascos azules de la ONU reparten agua en un campamento de refugiados situado en Bor, al sur de Juba, capital de Sudán del Sur.

SUDÁN del Sur ha pretendido levantar un proyecto nacional sobre los peores y más dañinos cimientos, y ahora su población sufre las dramáticas consecuencias. Todo lo que está ocurriendo en el país más joven del mundo era previsible. Pero ni los peores augurios podían vaticinar el grado de ignominia de sus dirigentes políticos, y menos aún, que éstos iban a provocar un escenario tan dantesco. La catástrofe humana es descomunal, y se necesitarán décadas para restañar unas heridas que hoy sangran muy lejos del interés mediático de la comunidad internacional —liderada por Naciones Unidas— que, a pesar de su constatado esfuerzo por la paz, es incapaz de articular una solución definitiva a tanta barbarie. Durante meses,

el mal gobierno, la guerra y el colapso económico han provocado la hambruna; y, ahora, el hambre y el instinto de supervivencia están agudizando y generalizando una violencia, con alarmantes indicios de limpieza étnica y genocidio, que se ha gestado a fuego lento desde hace ya demasiadas décadas.

LUCHA ÉTNICA

El 9 de julio de 2011, la ansiada emancipación de Sudán del Sur —avalada por la ONU y la Unión Africana, con la connivencia necesaria de Sudán— fue una justa solución para subsanar la nefasta herencia colonial británica, que había unido a dos pueblos que siempre vivieron de espaldas y enfrentados. La celebración del nacimiento de esta nación africana concitó un enorme —al

igual que efímero— interés de los medios de comunicación; y toda la comunidad internacional se unió, en la capital Juba, a la esperanza de los 11 millones de sursudaneses, que ansiaban un futuro próspero y libre de violencia. En los fastos de la independencia, el gran ausente fue John Garang, líder histórico de la insurgencia contra Jartum y prócer de la emancipación nacional. Un accidente de helicóptero, del que nunca se esclarecieron las causas, acabó con su vida días después de la firma (9 de julio de 2005) del Acuerdo Global de Paz, auspiciado por la Autoridad Intergubernamental sobre el Desarrollo de África Occidental (IGAD) y apoyado por la denominada Troika: Estados Unidos, Reino Unido y Noruega. Desde entonces, su sucesor natural, el

Kiir y Machar, presidente y ex vicepresidente, libran una guerra civil que ha lastrado el futuro del nuevo Estado

dinka Salva Kiir, junto a Rieck Machar, de la tribu de los nuer, han sido los responsables de liderar una «hoja de ruta» que —tras el referéndum de enero de 2011— llevó a Sudán del Sur a su libertad y a su inclusión, por derecho propio, en Naciones Unidas.

Sin embargo, la designación de Kiir y de Machar como presidente y vicepresidente, respectivamente, de Sudán del Sur pronto se convirtió en el peor lastre para su futuro. La acérrima enemistad entre ambos, gestada durante los años de lucha armada contra Jartum, junto con su deleznable lucha por el poder y el control de los recursos (especialmente, la ingente producción petrolera, que supone el 97 por 100 de la riqueza del país), sentaron las bases de un régimen errático marcado por las disputas políticas y personales, siempre enmascaradas bajo la ancestral y no resuelta rivalidad tribal entre los dinka y los nuer.

Desde la instauración del gobierno nacional, la incapacidad manifiesta de ambos dirigentes para dirigir el país, el declive de las instituciones estatales, la corrupción y el despotismo armaron una bomba de relojería que no tardó en estallar, y ahogar así los anhelos de paz y desarrollo de la población sursudanesa. En diciembre de 2013, apenas dos años después de la independencia, la lucha armada reventó en Juba, cuando el presidente Kiir destituyó a Machar, al que acusó de preparar un golpe de Estado para hacerse con las riendas del país. En pocos días, la agitación étnica se propagó desde la capital hasta los estados norteños y petroleros de Sudán del Sur: Jonglei, Alto Nilo y Unidad.

Durante los meses siguientes, las ciudades y pueblos del norte cayeron sucesivamente en manos de uno u otro bando: el Movimiento Popular por la Liberación de Sudán (SPLM), convertido en ejército nacional y a las órdenes del presidente Kiir, y el movimiento de oposición (IO), liderado por Machar.

Después de tres años de lucha, la devastación y las continuas masacres han provocado una tragedia brutal: decenas de miles de muertos, casi tres millones y medio de desplazados internos y de refugiados huyendo de la barbarie, y todos sus medios de subsistencia —cosecha y ganado— aniquilados.

Además, y para agravar aún más la catástrofe, una hambruna «provocada por el hombre» ha matado de inanición a más de 100.000 sursudaneses y asedia a otros 5,5 millones (el 50 por 100 de la población), que necesitan ayuda humanitaria de forma urgente. Aunque

eran ninguneadas por todas las facciones en lucha. Hasta que, en agosto de 2015, llegó la firma de un Acuerdo de Paz en la capital etíope, Addis Abeba. No obstante, este complicado acuerdo tampoco ha servido para restablecer la paz. En abril de 2016, Machar regresó finalmente a Juba. Por entonces, los autoproclamados «hermanos» se pusieron al frente del pactado Gobierno Nacional de Transición, que debía dirigir el país hasta unas nuevas elecciones presidenciales en abril de 2018. Tres meses después, justo el día en que se debía conmemorar el quinto aniversario de la

independencia, la violencia volvió a soterrar cualquier atisbo de diálogo político. Machar huyó del país, mientras los enfrentamientos entre las distintas facciones armadas —tanto el ejército nacional como los numerosos grupos rebeldes— se extendieron por todo el territorio.

HUIDA HACIA DELANTE

En este enconado panorama, el nombramiento de Taban Deng Gai como vicepresidente del país ha sido la última asonada de Salva Kiir contra el Acuerdo de Paz; al tiempo que Machar se niega a regresar hasta ser restituido en su cargo, aunque sigue liderando los ataques armados de sus secuaces desde su retiro en Sudáfrica. En

clave interna, la única salida viable es que, sin más demora, ambos abandonen voluntariamente la esfera política. Por ello, y como señalaba ya en febrero de 2015 un demoleedor informe elaborado por el secretario general de la ONU, es urgente que «la comunidad internacional haga ver a los dirigentes de Sudán del Sur que no pueden seguir supeditando el destino del país a sus ambiciones personales».

Por el momento, esto no va a ocurrir, pues el poder político sigue justificando y disculpando su actitud con razones espurias; sus propuestas carecen de cualquier atisbo de razón; y solo contempla



lo más dramático es que los responsables de este infierno están dentro de sus fronteras, y sus atrocidades exigen justicia como condición ineludible para una paz duradera. Para conseguirlo —como señalaba un informe de la ONU—, es apremiante crear «una comisión internacional que investigue e identifique a los responsables de violaciones y abusos de derechos humanos y otros crímenes, incluyendo violencia sexual».

Sobre el terreno, los combates nunca cesaron, pero la determinación de la IGAD, con el respaldo de la comunidad internacional, se mantuvo firme para mediar en nuevas y sucesivas conversaciones de paz, que sistemáticamente

la solución militar —seguir fustigando a población indefensa— como única vía para solventar sus nocivas reyertas.

A finales de febrero, en una manifiesta huida hacia adelante y con la pretensión de eludir su responsabilidad en el conflicto, Kiir renovó ante el Parlamento su propuesta de entablar un nuevo diálogo nacional inclusivo porque «nuestro objetivo es la paz y la unidad de Sudán del Sur», pero sin considerar la necesaria participación del exvicepresidente Machar. Días después, el 10 de marzo, prometió liberar a todos los presos políticos en la clausura del Día Nacional de la Oración, en el que pidió a sus compatriotas que rezasen por la paz. Fue, según denunció el obispo auxiliar de Juba, Pio Doggale, «una oración política y una burla cuando, ahora, los soldados están cazando gente en Sudán del Sur».

Por último, y tras declarar la hambruna en varios estados del norte del país, Kiir subrayó su compromiso para «que todas las organizaciones humanitarias tengan acceso libre a la población necesitada en todo el país», cuando la realidad es que ha multiplicado por cien el coste de sus permisos para trabajar y mientras continúa comprando armas —por la falta de consenso en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para imponer el embargo— para alimentar la guerra, en vez de paliar el hambre de su población. Con todo, dentro y fuera del país, ya nadie debería confiar en su denostado proyecto político, y menos aún en su capacidad para asentar una paz duradera.

PRESIÓN INTERNACIONAL

Ahora, la comunidad internacional —con claro protagonismo africano— debe redoblar sus esfuerzos para forzar la paz. Sobre el terreno, la Misión de Naciones Unidas para Sudán del Sur (UNMISS) enfrenta importantes limitaciones por la falta de una postura más proactiva de los cascos azules para proteger a los civiles, según reconoce la propia ONU. Además, la escasez de medios y su limitada entidad (en la actualidad, más de 13.000 militares y policías) le impide llegar a los numerosos focos del conflicto, y la presencia de más de 200.000 desplazados en



Khaled Elhiqui/EFE

Fuerzas de la Unión Africana patrullan en la región sursudanesa de Muhajariya como parte de la misión de la ONU para intentar paliar los efectos de la guerra civil.

sus bases dificulta aún más su operatividad. Por todo ello, Naciones Unidas debe exigir al presidente Kiir que acepte el despliegue de otros 4.000 efectivos de cascos azules, tal y como aprobó el Consejo de Seguridad en una resolución de agosto del 2016.

En el ámbito político, la Unión Africana (UA), con el respaldo de la comunidad internacional, debe liderar la resolución de una grave crisis africana, como ya ha hecho en su reciente intervención en Gambia; y garantizar sin atajos la instauración de un tribunal híbrido —nacional e internacional— que

investigue todos los crímenes cometidos. Para la UA es imprescindible que se cumplan las condiciones apuntadas, el pasado 9 de marzo, por su alto representante para Sudán del Sur, Alpha Konare: un líder neutral y sin intereses debe dirigir el proceso de paz, los principales grupos armados de la oposición —en referencia al SPLM de Machar— tienen que estar representados, y sus dirigentes están obligados a contar la verdad a su pueblo porque «tanto el gobierno como la oposición son parte de esta crisis».

Hoy, resulta imposible dimensionar el sufrimiento y el futuro de 11 millones de sursudaneses por un conflicto generado por la ambición de poder, pero es evidente que esta guerra fratricida amenaza la propia existencia de Sudán del Sur y se proyecta mucho más allá de sus fronteras. El final no está cerca, y este país africano exige ayuda internacional sin retraso ni excusas. Ante este panorama, si la comunidad internacional no actúa con celeridad y determinación, habrá que asumir que la catástrofe será aún peor; o incluso lamentar que otro genocidio en África, con el concierto de todos, podría haberse evitado.

Tcol Jesús Díez Alcalde



Philip Dhilli/EFE

El presidente de Sudán del Sur, Salva Kiir, mantiene la guerra civil y fustiga a la población de la etnia rival.